

XAVIER ALEGRE

AL ACECHO DEL REINO
DIFERENTE

TEMAS BÍBLICOS BÁSICOS
EN CLAVE LIBERADORA



INDICE

Prólogo.....	9
Espiritualidad bíblica y lucha por la justicia.....	17
¿Por qué la biblia presenta a Dios como teniendo celos de los ídolos?.....	51
La imagen de Jesús que nos ofrecen los Evangelios	93
La Iglesia que nace de la pascua. Seguimiento de Jesús y opción por los pobres.....	121
La inhumanidad del hombre y la protesta de Dios. La justicia como clave de comprensión de los evangelios sinópticos.....	157
La oscuridad en el seguimiento El evangelio de Marcos: una iniciativa a vivir sin “apariciones pascuales”.....	197
La parábola del sembrador.....	245
Dios camina con los pobres. Hermenéutica bíblica en clave de teología latinoamericana de liberación.....	275

Diseño de cubierta: Maximino Cerezo

© Xavier Alegre
© Editorial Nueva Utopía
Fernández de los Ríos, 2 - 3.º Izqda.
28015 Madrid
Teléfono 91 447 23 60
Fax 91 445 45 44

ISBN: 978-84-96146-60-0
Depósito Legal: M-23839-2012

Impreso en Pinares Impresores, S. L.
Buen Gobernador, 24
28027 Madrid

ESPIRITUALIDAD BÍBLICA Y LUCHA POR LA JUSTICIA

Al inicio de mi reflexión quiero proponer una tesis, que intentaré fundamentar a lo largo de mi exposición. Es la siguiente: *La espiritualidad bíblica es una espiritualidad que, partiendo de la experiencia del amor absolutamente gratuito y universal de Dios, lleva a la lucha por la justicia y a una opción clara y decidida en la defensa y liberación de los pobres y oprimidos.*

1. Introducción

De esta tesis se deduce que una Iglesia que no dé testimonio prioritario de estos tres aspectos capitales de la espiritualidad bíblica (gratuidad, universalidad y opción por los pobres), no merece el nombre de pueblo de Dios, de Iglesia de Jesús. Y traiciona, por tanto, la tarea que Dios le ha confiado.

1.1. Observación previa

De entrada, quiero hacer notar que haré mi reflexión desde la Biblia que, según la teología cristiana, es Palabra de Dios, revelación del Dios vivo y misterioso a través de unas personas y de unos textos concretos. Un Dios que se ha revelado, como indica Pablo, para ense-

ñanza de quienes lean o escuchen los textos: “todo lo que dicen las Escrituras fue escrito para nuestra instrucción” (Rom 15,4).

Recordemos que la Biblia es un libro que habla del día a día de un pueblo, Israel (y, más tarde, de las primeras comunidades cristianas), que ha hecho una profunda experiencia de Dios. Una experiencia que quiere, y puede, configurar a las personas y a los pueblos, a fin de que puedan vivir de una manera humana y digna¹. El pueblo de la Biblia ha experimentado a Dios como cercano, misericordioso, liberador, muy sensible al sufrimiento de las personas. Es un Dios, que no se queda cruzado de brazos ante la opresión, sino que interviene en la defensa de los pobres y en la liberación de los oprimidos. Y lo hace a través de personas que se sienten enviadas por Dios para llevar a cabo esta tarea.

Es muy importante, sin embargo, que tomemos conciencia de lo que implica la experiencia de la liberación, que Israel ha hecho a través de Moisés y de los profetas —y, más tarde, las Iglesias cristianas a través de Jesús.

Los orígenes de la historia de Israel, interpretada a la luz de la fe, y confirmada por la vida, la muerte y la

¹ Precisamente porque la Biblia quiere reflexionar sobre el día a día de las personas y del pueblo, encontramos en sus páginas todas las experiencias que acompañan la vida de todos los pueblos, como son la vida y la muerte, el amor y el odio, la paz y la violencia, etc. En este sentido, jamás podemos tomar, sin más, un texto aislado, sino que tenemos que leer cualquier texto desde su contexto, tanto socio-histórico como literario, puesto que un texto, fuera de su contexto, se convierte fácilmente en un pretexto.

resurrección del Cristo, llevaron a este pueblo (y después a la Iglesia) a tomar conciencia de que Dios lo había amado, sin ningún mérito por su parte (la elección del patriarca Abraham, un emigrante, es un ejemplo de ello). Y había escuchado su clamor, cuando era oprimido y esclavo en Egipto (cf. Ex 3), liberándolo con mano fuerte (cf. Ex 4-15). Una mano fuerte que se revela sobre todo en la muerte y en la resurrección de Jesús, “quien fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para hacernos justos” (Rom 4,25). La muerte y la resurrección de Jesús —y esto conviene tenerlo siempre muy presente— son dos hechos sorprendentes y escandalosos para la mentalidad humana, sobre todo si no está arraigada en la fe (cf. 1Cor 1,18-25; 15,12ss).

Israel y las primeras Iglesias cristianas no han experimentado, sin embargo, la liberación por parte de Dios como si este hecho fuese un privilegio exclusivo, que iría en contra de los otros pueblos (cf. Is 19,19-25). Más bien han comprendido que su vida liberada tiene que servir, en los planes de Dios, como testimonio luminoso y bendición para todos los pueblos de la tierra. Este aspecto aparece claramente ya en los inicios de la historia del pueblo de Israel. Recordemos que en Gn 12,1-3, la elección de Abraham, el patriarca que inicia y ayuda a entender el sentido de la elección de Israel, redundará ya en beneficio de todos los pueblos de la tierra: “en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra”.

De hecho, este rasgo se desarrolla a lo largo de toda la Biblia. Porque la elección de un pueblo no es jamás un

privilegio o un mérito, sino que es un don absolutamente gratuito de Dios que, cuando llama a una persona o a un pueblo (una Iglesia), le da siempre una tarea a favor del resto de las personas y de los otros pueblos (cf. Mt 5,13-16). En este sentido, como intentaré explicar a continuación, es esencial en la espiritualidad bíblica el hecho de que no sea “espiritualista”, intimista, sino que, desde la experiencia del amor de Dios, siempre gratuito y universal, comporte la llamada a ser instrumento universal de la justicia liberadora de Dios, que no quiere el sufrimiento innecesario de nadie, sobre todo el de los pobres y marginados (cf. Mt 25,31-46), que son quienes tienen la vida más amenazada en un mundo injusto, como es el nuestro.

Por otro lado, Dios quiere que todo el mundo se salve y llegue al conocimiento de la verdad (cf. 1Tim 2,4). Es un Dios que ha creado el mundo, porque lo ama, y si hubiera alguna persona, alguna cosa que no amase, no la habría creado (cf. Sab 11,21-24; 1,14; Eclo 17,21).

2. La espiritualidad bíblica brota de la experiencia del amor gratuito de Dios

La reflexión religiosa que encontramos en la Biblia es muy lúcida ante la realidad económica, política, social y religiosa que la rodea. Pienso que cualquier persona, mínimamente humana y sensible, no puede estar contenta con la realidad dolorosa de pobreza, marginación, violencia y sufrimiento innecesario, que sufren las

mayorías empobrecidas de nuestro mundo. Una realidad injusta que, por desgracia, no es nueva. Por ello no es nada extraño que la espiritualidad bíblica manifieste en muchas de sus páginas, el desencanto del pueblo de Dios ante el mal que parece dominar a la humanidad, e incluso tiene atrapado al mismo pueblo, elegido precisamente para ser el instrumento del amor de Dios en este mundo para transformarlo.

Esta visión crítica de la realidad la explicita muy claramente Pablo al principio de la carta a los Romanos, cuando subraya que la injusticia domina a toda la humanidad, incluido el mismo pueblo de Dios (cf. Rom 1,18-3,20). Pero aparece también en la reflexión mitológica que encontramos al inicio de la Biblia (cf. Gn 6,5-8)².

La reflexión paulina está preparada por el fracaso continuo de Israel, que es como el *leitmotiv* de la literatura deuteronomica, la cual, a la vez que subraya la infidelidad continua de Israel en el proyecto de justicia que Dios le ha confiado, recuerda también hasta qué punto la fidelidad de Dios es sorprendente y no falla nunca (esto es lo que revela también claramente Jesús, según 2Tim 2,13³; cf. Rom 9,6). De modo que, siempre que

² “Cuando el Señor vio cómo crecía la maldad de los hombres y que de una punta a otra del día sólo pensaban en hacer lo malo, se entristeció y se arrepintió de haberlos creado. Y dijo: ‘Haré desaparecer de la tierra al hombre que creé. No dejaré ni hombres, ni animales, ni bestias, ni aves. Me arrepiento de haberlos creado’. Pero el Señor miró a Noé con aprecio”.

³ “Si no somos fieles, él sigue siendo fiel, porque no puede negarse a sí mismo”.

Israel deja de ser orgulloso y acepta la corrección y la ayuda de Dios, recibe la oportunidad de salir del círculo vicioso en el que su pecado lo había encerrado y vuelve a experimentar el amor y la salvación de Dios (cf. Jue 2,11-19⁴; cf. también Os 11,1-11; Rom 11,25-32⁵). Esta experiencia del amor gratuito de Dios, que el pueblo experimenta continuamente, a pesar de que no se lo merece, no es una experiencia exclusiva de Israel, sino que acompaña también la vida de las Iglesias cristianas, que son una mezcla de santidad y de pecado, como se

⁴ “Pero los hechos de los israelitas fueron malos a los ojos del Señor, pues empezaron a adorar a las diferentes representaciones de Baal. Dejaron al Señor, el Dios de sus antepasados que los había sacado de Egipto, y se entregaron a adorar a los dioses de la gente que vivía alrededor, provocando así la ira del Señor. Dejaron al Señor por adorar a Baal y a las diferentes representaciones de Astarté, y por eso el furor del Señor se encendió contra Israel e hizo que los ladrones los despojaran de lo que tenían, y que sus enemigos de alrededor los derrotaran sin que ellos pudieran hacerles frente. Cada vez que marchaban a la batalla, el Señor se ponía en contra suya y les iba mal, según él mismo se lo había anunciado. Sin embargo, aunque el Señor puso a los israelitas en aprietos, también hizo surgir caudillos que los libraran de quienes los despojaban. Pero los israelitas no hicieron caso a aquellos caudillos, sino que fueron infieles al Señor y adoraron a otros dioses. Sus antepasados habían obedecido los mandamientos del Señor, pero ellos no siguieron su ejemplo. Cada vez que el Señor hacía surgir un caudillo, también lo ayudaba, y durante la vida del caudillo libraba a los israelitas del poder de sus enemigos, pues sentía compasión de ellos al oírlos gemir por causa de la opresión que sufrían. Pero cuando el caudillo moría, ellos volvían a corromperse y se hacían peores que sus padres, sirviendo y adorando a otros dioses...”

⁵ Cf. X. Alegre, *Universalisme i elecció en la perspectiva del Déu de la gràcia*. Notes sobre els cap. 9-11 de la carta als Romans, *Butlletí de l'Associació Bíblica de Catalunya*, n.º. 13-15 (1980) 4-12.

puede ver en las cartas de Pablo o en el mensaje del Espíritu a todas las Iglesias en Apocalipsis 2-3.

La pregunta, que entonces se plantearon los creyentes bíblicos, al ver el pecado del mismo pueblo de Dios, fue, cuál era el papel que Dios había confiado a su pueblo (a la Iglesia) en la historia de la salvación, iniciada con Abraham, continuada con Moisés y los profetas y llevada a su plenitud con Jesús de Nazaret, de quien las Iglesias cristianas están llamadas a dar testimonio.

2.1. *La pequeñez del pueblo de Dios*

Lo primero que sorprende en este contexto, y en el marco de una lógica meramente humana, es que el pueblo elegido por Dios para poder, a través de él, reinar en este mundo, es decir, para crear un mundo en el cual reine la justicia y la solidaridad, de modo que la pobreza sea erradicada (cf. Dt 15,4), no sea un pueblo poderoso. O que no sea al menos un pueblo tan extraordinario, que haya hecho méritos para ser elegido por Dios (cf. Dt 7,6-11). En la lógica que configura el mundo, parecería que es a través del poder cómo Dios podría cambiar la realidad universal profundamente injusta.

Pero no es así. De hecho, Israel es un pueblo pequeño y oprimido, que falla continuamente, incapaz de ser fiel al proyecto que Dios le ha confiado, puesto que prefiere los ídolos al Dios vivo (cf. Ex 22). Es así como Dios revela su lógica contraria a los fuertes y poderosos. Por

ello no elige al hijo mayor de Isaac, Esaú, sino al pequeño, Jacob (y lo elige desde el seno su madre, antes de que haya podido hacer ningún mérito: cf. Rom 9,10-13; cf. 5,6-9). Como también elige para rey de Israel al menor de los hijos de Jesé (cf. 1Sm 16). Y algo parecido se podría decir de los discípulos que Jesús eligió, ya que, como nos explica sobre todo Marcos, antes de la Pascua dan más bien pena (cf. Mc 8,32-33; 9,32ss; 10,35ss), hasta el punto de acabar abandonando a Jesús, cuando este es detenido en Getsemaní (cf. Mc 14,50). El que, después de Pascua, el Resucitado los vuelva a llamar, es una prueba más de la gratuidad del amor de Dios.

Israel vive en un lugar de paso entre los grandes imperios, por lo que experimenta continuamente la violencia por parte de los poderosos que lo rodean: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Roma... De acuerdo con la lógica de Dios, que quiere revelar hasta qué punto es gratuito su amor, es él el pueblo elegido y no ninguno de sus poderosos vecinos. Lo mismo se puede decir de las primeras comunidades cristianas, como escribe Pablo a los cristianos de Corinto, cuando les recuerda que no son precisamente personas extraordinarias (cf. 1Cor 1,16-21).

2.2. *La codicia es la raíz de los males de la humanidad*

¿Cuál es la raíz, en la Biblia, de la injusticia y de la violencia que aparecen continuamente a lo largo de la

historia de la humanidad y que ni el mismo pueblo de Dios (ni la Iglesia, después) es capaz de superar?

En la reflexión bíblica, la violencia es fruto de la codicia, que está muy arraigada en el fondo del ser humano, hasta el punto de que la injusticia se convierte en el cáncer que amenaza continuamente, no solo el mundo exterior, sino incluso la vida del mismo pueblo de Dios. La triste experiencia de Israel (¡y también de la Iglesia cristiana!, cf. Sant 5,1-6), que tanto critican sus grandes profetas (cf. Is 58; Am 2,6-8), es que sus miembros ricos y poderosos explotan a sus hermanos de la misma manera que lo hacen quienes no son creyentes.

No es, entonces, casual que, como resumen y quintaesencia del pecado que domina a la humanidad y al pueblo de Dios, el Decálogo prohibiera, como raíz de todos los pecados, la codicia (cf. Ex 20,17; Dt 5,21; cf. también Rom 7,7-11). Una codicia que el evangelio de Lucas concreta aún más que los otros evangelios en el amor desmedido al dinero, convertido en ídolo, lo que lleva a una crítica radical de Jesús:

“Ningún criado puede servir a dos amos, porque odiará a uno y querrá al otro, o será fiel a uno y despreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13).

Si el mundo funciona tan mal, y Dios lo quiere transformar, para que pueda reinar la justicia, nos volvemos a preguntar ahora, ¿cómo es que se ha elegido un pue-

blo pequeño y oprimido, que aparentemente no tiene ninguna posibilidad de enfrentarse a la injusticia y a los imperios, que de hecho siempre son injustos y explotadores de los demás?⁶

En este contexto de la propia debilidad, es donde el pueblo de Dios hace la experiencia más profunda de Dios, una experiencia que le acabará dando identidad. Es la experiencia del amor gratuito y liberador de Dios, vivida a propósito de la esclavitud, que está sufriendo en Egipto (Ex 1-2). Cuando el pueblo clama a Dios, descubre, con sorpresa y gratitud, que Él ve el sufrimiento del pueblo y escucha el clamor de los oprimidos (Ex 3,7.9). A través de Moisés, convertido en siervo, en instrumento, Dios acude con mano fuerte a liberarlo (Ex 3,8.10) y lo conduce a través del desierto (cf. Éxodo y Números) a una tierra por la que mana leche y miel (Ex 3,8), posibilitando así que pudiera vivir con dignidad.

De hecho, y este es un elemento esencial en la espiritualidad bíblica, no es el poder y la fuerza los que cambian el mundo, sino el amor radical y solidario, que actúa desde los márgenes. En este sentido, es muy expresiva la frase con la que Pablo quiere describir la acción liberadora de Jesús: “Porque ya sabéis que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo

⁶ El Apocalipsis lo simboliza muy bien con las Bestias del mar y de la tierra en su cap. 13 (cf. X. Alegre, “Resistencia cristiana y esperanza profética. Lectura del Apocalipsis de Juan desde las víctimas”, en: Id., *La palabra no está encadenada*, San Salvador 2009, pp. 77-80.

pobre por causa vuestra, para que por su pobreza fuerais vosotros enriquecidos” (2Cor 8,9). La lógica humana habría esperado que dijera que nos enriqueció “con su riqueza”.

Pero — y quiero insistir en este punto — lo que resulta todavía más sorprendente, cuando se contempla la realidad desde la lógica propia de este mundo, es que Dios no solo libere a un pueblo oprimido, sino que elija precisamente a este pueblo oprimido y liberado, y no a uno de los grandes imperios de la época, para ser el instrumento de su amor liberador para con toda la humanidad. ¿Qué pretende Dios con esto?

En el fondo, Dios quiere revelar cómo es Él y cómo se puede vencer “divinamente” la injusticia que domina el mundo. Dios quiere revelar que si se quiere conseguir que aquí en la tierra pueda reinar la paz con justicia, esto no se logrará jamás desde el poder y la fuerza, sino desde el amor y desde los márgenes, pues, de lo contrario, no revelaría la fuerza gratuita del amor de Dios (cf. 2Cor 2,1-5).

De hecho, esta reflexión, que aparece muy claramente en la manera como Jesús actuó para instaurar en el mundo el Reinado de Dios, ya había sido preparada, en la reflexión bíblica, por el hecho de que Dios había elegido para ser el patriarca del pueblo de Dios a un hombre que, sin méritos propios que lo pudieran llevar a querer autoafirmar contra Dios, apoyándose en sus posibilidades humanas, se fiara plenamente de Dios y se dejara configurar por su talante. Más aún, Dios eligió a

un inmigrante, como Abraham, el iniciador y primer gran patriarca de Israel (cf. Gn 23,4; 26,3). Y lo mismo se dice de Jacob, el patriarca que dio nombre al pueblo (cf. Gn 28,4; 47,9). En la misma línea de revelación, Moisés pone a su primer hijo el nombre de Guersón, que significa "inmigrante" (Ex 2,22; 18,3).

De este modo, el inmigrante se convierte en el primer modelo del creyente (cf. Gn 12,1). Y este es, en la espiritualidad bíblica, un rasgo característico del pueblo de Dios, incluso cuando llega a la tierra prometida⁷. Por esto, y como recordatorio perenne de lo que Dios ha hecho por Israel, conviene que el pueblo elegido tenga bien presente, sin olvidarlo jamás, que ha sido un inmigrante (Ex 22,20; 23,9). Y que lo sigue siendo, puesto que la tierra, que ahora posee, no es suya, sino de Dios (cf. Lv 25,23), que le ha confiado el mundo para que lo cuide y lo ponga al servicio del proyecto de Dios, ya que él es la imagen de este proyecto (cf. Gn 1,27-40). También Jesús, como nuevo Israel, bajará como inmigrante a Egipto (cf. Mt 2,13-15).

La elección de un inmigrante para poner en marcha al pueblo, que Dios elige para poder incidir en nuestro mundo desde dentro, evidencia, por otro lado, la gratuidad y "contraculturalidad" del amor de Dios, que no apuesta por los fuertes y poderosos para revelar cómo es

⁷ Sobre el significado del inmigrante en la Biblia, vale la pena leer A. Wénin, *Israel extranjero y emigrante*, *Selecciones de Teología* 35 (1996) 247-256.

Él. La gratuidad del amor que apuesta por los pobres y por los excluidos, es, por tanto, el elemento fundamental en la espiritualidad bíblica. De hecho, esta experiencia de la gratuidad del amor de Dios, que ha quedado condensada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, contribuyó decisivamente a profundizar la imagen que Israel y la Iglesia tenían de Dios y del ser humano, haciéndole entender, primero a Israel, y después a la Iglesia, no solo cómo es Dios, sino también qué es aquello que Dios espera de su pueblo elegido y, por tanto, cómo tiene que ser la relación del creyente con Dios y cuál es la "denominación de origen" de su espiritualidad.

La gratuidad del amor de Dios es, por tanto, el hilo conductor de la espiritualidad que revela toda la Biblia⁸. Si empezamos con el Antiguo Testamento, encontramos en Dt 26,5-10 un Credo que expresa muy bien esta experiencia fundamental. Este Credo recuerda los inicios del pueblo de Israel, un pueblo oprimido, que por

⁸ También el autor de la carta a los Efesios insiste en este aspecto: "Vosotros, antes, estabais muertos a causa de las maldades y pecados en que vivíais, pues seguíais el ejemplo de este mundo y hacíais la voluntad de aquel espíritu que domina en el aire y que anima a los que desobedecen a Dios. De esa manera vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, siguiendo nuestros propios deseos y satisfaciendo los caprichos de nuestra naturaleza pecadora y de nuestros pensamientos. A causa de esa naturaleza merecíamos el terrible castigo de Dios, igual que los demás. Pero Dios es tan misericordioso y nos amó tanto, que nos dio vida juntamente con Cristo cuando todavía estábamos muertos a causa de nuestros pecados. Por la bondad de Dios habéis recibido la salvación" (Ef 2,1-5).

la acción liberadora de Dios obtiene la libertad y llega a una tierra que le posibilita una vida digna. Al llegar a la Tierra Prometida, tiene que llevar al sacerdote, como respuesta al don recibido, las primicias de su cosecha, mientras recita este Credo, que le recuerda sus raíces:

“Mis antepasados fueron un pequeño grupo de arameos errantes, que emigraron a Egipto y se quedaron a vivir allí, convirtiéndose después en una nación grande, poderosa y numerosa. Pero los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos hicieron sufrir cruel esclavitud. Entonces pedimos al Señor y Dios de nuestros padres que nos ayudara, y él escuchó nuestras súplicas, y vio la miseria, los trabajos y la opresión de que éramos víctimas; desplegó su gran poder y, en medio de un gran terror y de acontecimientos extraordinarios, nos sacó de Egipto, nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra donde la leche y la miel corren como el agua. Por eso traigo ahora los primeros frutos de la tierra que el Señor me ha dado”.

Y una vez ha hecho esta confesión, el israelita tiene que entregar las primicias al sacerdote —una cosa que tiene que repetir cada tres años, como recordatorio perpetuo de la acción liberadora de Dios y de la tarea que Dios ha confiado a su pueblo— para que el sacerdote haga llegar las primicias a los pobres, las viudas, los huérfanos, los inmigrantes y los levitas, que no tienen

tierras (cf. Dt 26,11-13). De este modo se fundamenta que el pueblo de Dios aprenda a compartir siempre con los más pobres, convirtiéndose así en un sacerdocio real (cf. Ex 19,6; Is 61,6; Ap 1,6; 5,10; 20,6; 1Pe 2,9), en un instrumento del amor gratuito y liberador de Dios hacia todas las personas, sobre todo las más pobres, que son quienes tienen la vida más amenazada.

Esta experiencia del amor gratuito de Dios, que lleva a amar a los demás gratuitamente, es también esencial en el Nuevo Testamento. También aquí las comunidades cristianas tienen conciencia de que el hecho de formar parte de la Iglesia no es un mérito propio, sino un don gratuito de Dios, que para revelar mejor cómo actúa Él en el mundo, no se elige para formar parte del pueblo de Dios a los poderosos, sabios y fuertes, sino a los pobres y a los sencillos (cf. Mt 11,25-30; Lc 6,20-23; 1Cor 1,26-31).

De hecho, como subraya san Pablo, Jesús dio la vida por nosotros por puro amor gratuito, puesto que lo hizo cuando aún éramos pecadores y nos habíamos apartado del amor de Dios (cf. Rom 5,6-9).

En la espiritualidad bíblica es, pues, esencial, la idea de que Dios ama a las personas, no porque sean buenas y se lo merezcan, sino porque Él es bueno y desea que también podamos hacer el bien.

Y es bueno que sea así, pues, de hecho, la imagen que la Biblia tiene del ser humano es muy lúcida y crítica. Los fracasos continuos del pueblo de Dios, que, tan pronto como ha tenido la oportunidad de tener un poco de poder, se ha dejado llevar por la codicia y ha olvida-

do la tarea de lucha por la justicia que Dios le había confiado, obliga a una interpelación continua sobre todo en boca de los profetas.

Es un tema recurrente en la Biblia que Israel olvida fácilmente el amor inmenso y gratuito de Dios (Os 11,1-9; Is 5,1-7; Mc 12,1-12). Y lo hace porque el ser humano es orgulloso, quiere ser como Dios (Gn 3,1-7), envidioso y asesino (Gn 4,3-8), causante de la maldad que sufre la tierra (Gn 6,5b-6): “El Señor vio que era demasiada la maldad del hombre en la tierra, y que siempre estaba pensando en hacer lo malo; y le pesó haber hecho al hombre”, incapaz de entenderse con los demás.

El pueblo de Dios es “terco y de cabeza dura”, una raza de rebeldes (Ez 2,4-8⁹), que olvida fácilmente su experiencia de Dios y prefiere un becerro de oro al Dios vivo y liberador, que les va marcando el camino (Ex 32).

Por este motivo, el pecado por excelencia del pueblo es la idolatría (cf. Ex 32), que conduce a la injusticia (o la injusticia, que pone de manifiesto su idolatría). Y no

⁹ Dios le dice a Ezequiel: “A ti, hombre, te voy a enviar a los israelitas, un pueblo desobediente que se ha rebelado contra mí. Ellos y sus antepasados se han levantado contra mí hasta este mismo día. También sus hijos son tercos y de cabeza dura. Por eso te voy a enviar a ellos, para que les digas: ‘Esto dice el Señor. ‘Ya sea que te hagan caso o no, pues son gente rebelde, sabrán que hay un profeta en medio de ellos. Tú, hombre, no tengas miedo de ellos ni de lo que te digan, aunque te sientas como rodeado de espinos o viviendo entre alacranes. No tengas miedo de lo que te digan ni te asustes ante el gesto de su cara, por muy rebeldes que sean. Tú comunícales mis palabras, tanto si te hacen caso como si no, pues son muy rebeldes. Atiende bien lo que te digo y no seas rebelde como ellos”.

es solo el pecado de los pueblos paganos, como muestra Pablo en Rom 1,18-3,20.

En cuanto al NT, el Dios que revela Jesús, y se revela en él, es todavía más claramente un Dios bueno y misericordioso (un ¡*Abbá!*: cf. Rom 8,14-17), que ama gratuita y universalmente a todos los seres humanos y a todos los pueblos (cf. 1Tim 2,4).

Y, a la vez, es un Dios liberador, que opta a favor del pueblo y del oprimido, como pone de manifiesto claramente el hecho de que envió su Hijo único al mundo para que hiciera presente el Reino de Dios (cf. Mc 1,14-15). Y permitió que el Hijo entregase su vida en una cruz, porque “tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). Por esto resucitó a su Hijo, víctima de los poderes injustos de este mundo, dándole la razón a él, que era la Víctima, frente a sus victimarios, como veremos más abajo. Y resucitará a todas aquellas personas que, por fidelidad a Jesús, hayan entregado por amor al Reino su vida (cf. Ap 6,9-11; 7).

3. La espiritualidad bíblica tiene una dimensión universal

Un segundo aspecto, que es fundamental para la espiritualidad bíblica, es el testimonio de que el amor de Dios es, por esencia, universal. Pero este es un aspecto

que resulta difícil de asumir para el pueblo de Dios, ya que la gran tentación es creerse mejor que los otros pueblos y pensar que por esta razón ha sido elegido. Entonces, la elección sería un privilegio exclusivo de Israel (y, después, de la Iglesia). Y un mérito propio (una actitud que Jesús critica duramente en la parábola del fariseo y del publicano de Lc 18,9-14).

Pero en la espiritualidad bíblica, la elección, y cualquier vocación, nunca son un privilegio, un mérito propio, sino una tarea. Por ello, cuando Israel (o la Iglesia) se cree superior a los demás pueblos (o religiones) y olvida, cuál es la tarea que Dios le ha confiado, el Señor le envía profetas que le recuerdan, tanto la universalidad, que es propia de la espiritualidad bíblica, como la opción, el servicio al mundo, para que pueda reinar la justicia, ya que ambos aspectos son primordiales para la espiritualidad bíblica.

Uno de estos profetas, que recuerda a Israel la dimensión universal del amor de Dios, es Isaías, un hombre a quien le tocó vivir momentos difíciles en la historia de Israel, cuando el imperio asirio quería conquistar el reino de Judá. Este profeta, tras amenazar a Egipto, porque se había dejado dominar por los falsos valores de los ídolos, y de amenazar el propio país, si no se convertía (cf. Is 19,1-17), anuncia, de manera sorprendente para un buen israelita, la salvación de Egipto y de Asiria:

“Aquel día habrá en Egipto cinco ciudades que hablarán hebreo y jurarán fidelidad al Señor todopoderoso. Una de ellas se llamará Ciudad del Sol.

Aquel día, en pleno Egipto, habrá un altar dedicado al Señor, y cerca de su frontera se levantará una piedra en honor del Señor. Servirá de señal, para que se recuerde al Señor todopoderoso en el país de Egipto. Cuando griten al Señor pidiendo ayuda contra quienes los oprimen, él les enviará un libertador, para que los defienda y los salve. El Señor se dará a conocer a los egipcios, y ellos reconocerán al Señor, le darán culto y le ofrecerán sacrificios y ofrendas. Harán promesas al Señor, y las cumplirán. El Señor herirá a Egipto, pero después lo sanará. Ellos se volverán al Señor, y él se compadecerá de ellos y los sanará.

Aquel día habrá un camino ancho desde Egipto hasta Asiria. Los asirios podrán llegar hasta Egipto y los egipcios hasta Asiria, y los egipcios y los asirios adorarán juntos al Señor.

Aquel día Israel se colocará a la par con Egipto y Asiria, y será una bendición en medio de la tierra. El Señor todopoderoso los bendecirá, diciendo: «Yo bendigo a Egipto, mi pueblo, a Asiria, obra de mis manos, y a Israel, mi propiedad» (Is 19,18-25).

Y cuando la dimensión universal de la espiritualidad bíblica está más amenazada que nunca, tras el exilio en Babilonia, es otro profeta, Jonás, quien le recuerda a Israel que Dios ama a todos los pueblos, incluso a la

odiada Asiria, que ha vencido y destruido a Israel, conduciendo a sus jefes y personas principales al exilio. Por ello, mediante un cuento delicioso, se muestra a un Jonás que se resiste a ser el instrumento de la salvación de Nínive, la capital de Asiria (cf. Jonás 1). En el contexto de la época, es muy comprensible que Jonás se enfade con Dios, cuando ve que el Señor no aniquila la ciudad, tal y como él había anunciado (cf. Jon 4,1), porque gracias a su predicación, Nínive se ha convertido (cf. Jon 3). Pero en un diálogo muy significativo, Dios le hace comprender al profeta —y, a través de él, a Israel y a nosotros hoy— que Dios es, por esencia, un Dios bueno y misericordioso. Y que su vocación profética —como la del pueblo de Israel o de la Iglesia— solo tiene sentido si sirve para llamar a la conversión a quienes obran la injusticia y para dar vida sin límites. Con la ayuda de la mata de ricino, que crece y da sombra a Jonás, hasta que se seca, provocando de nuevo la ira de Jonás, Dios da a conocer al profeta por qué él actúa de este modo:

“Entonces el Señor le dijo: «Tú no plantaste la mata de ricino ni la hiciste crecer; en una noche nació y a la noche siguiente se murió. Sin embargo, tienes compasión de ella. Pues con mayor razón debo yo tener compasión de Nínive, esa gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil niños inocentes y muchos animales» (Jon 4,10-11). Y esto es así porque, como muy bien ha confesado

Jonás: “Yo sé que tú eres un Dios tierno y compasivo, que no te enojas fácilmente, y que es tanto tu amor que anuncias un castigo y luego te arrepientes»” (Jon 4,2).

En este sentido, Israel debe tomar conciencia de que ha sido elegido para llevar a cabo el gran proyecto liberador de Dios hacia toda la humanidad. Un proyecto que aún se pone más de manifiesto en la Alianza que Dios hace con Israel, una vez el pueblo ha sido liberado. El proyecto de Dios con Israel se concreta, entonces, en unas normas, unas leyes, que quieren mostrar a través de Israel a todas las naciones del mundo “que otro mundo es posible”. Un mundo en el cual reina la justicia y no hay pobres ni oprimidos porque, desde la experiencia del amor gratuito de Dios que han hecho primero Israel (cf. Dt 26,5-10.11ss) y después las primeras comunidades cristianas (cf. Rom 5,6-9), han aprendido a perdonar deudas y a compartir (cf. Dt 15; Lv 25).

La dimensión de universalidad, propia de la espiritualidad bíblica, es también muy clara en el Nuevo Testamento. Es precisamente la venida de Jesús a este mundo y su muerte en una cruz, por amor gratuito a la humanidad, a pesar de ser esta pecadora, la que revela al máximo, no solo el amor gratuito de Dios (cf. Rom 5,6ss), sino también su universalidad (cf. Mt 26,28; Rom 11,32).

De hecho, al morir Jesús en la cruz, las barreras religiosas, que aparentemente separaban al pueblo judío de

los otros pueblos, quedan rotas¹⁰. Es lo que explica Marcos, simbólicamente, cuando afirma que, al morir Cristo en la cruz, el velo del Templo se rasgó de arriba abajo (cf. Mc 15,38). Es una manera simbólica de indicar el final del culto "separador" del AT y el inicio del acceso directo de los paganos a la fe en Jesús (cf. Mc 15,39). De hecho, la actuación de Jesús ha anulado las prescripciones cúllicas que separaban a Israel de los otros pueblos (cf. Mc 7,1-23), de modo que ahora queda bien claro que, como señala Pablo, ya no hay ninguna diferencia esencial ante Dios entre los hombres y las mujeres, entre los judíos y los paganos (cf. Gal 3,28).

Esta dimensión de universalidad, inherente a la fe bíblica, la desenvuelve especialmente el autor de la carta a los Efesios, escribiendo a unos destinatarios de origen pagano:

"Recordad que en otro tiempo estabais sin Cristo, separados de la nación de Israel, y que no teníais parte en los pactos ni en la promesa de Dios. Vivíais en este mundo, sin Dios y sin esperanza. Pero ahora, unidos a Cristo Jesús por la sangre que él derramó, vosotros, que antes estabais lejos, habéis sido acercados. Cristo es nuestra paz. Él ha hecho de judíos y no judíos un solo pueblo, destruyendo el muro de enemistad que los

¹⁰ Cf. A. Vanhoye, *El mensaje de la carta a los hebreos*, Estella 1978, pp. 11-18.

separaba. En su propio cuerpo, Cristo ha puesto fin a la ley consistente en mandatos y reglamentaciones, y de ambos pueblos ha formado uno solo, nuevo y unido a él. Así ha hecho la paz" (Ef 2,12-15).

Pero también Pablo, unas décadas antes de esta carta, ha tenido mucho interés en mostrar a la comunidad de Roma, cómo la fe bíblica entrelaza de manera misteriosa, pero eficaz, el destino de todos los pueblos del mundo, con el destino de Israel. Todos estos pueblos ahora están llamados a formar parte de la Iglesia y han agarrado la antorcha de la tarea que Dios había confiado a Israel, cuando lo eligió para hacer llegar, a través de él, su amor liberador a todos los pueblos del mundo. Pablo lo reflexiona en los textos que encontramos en Rom 9-11, intentando explicar por qué Israel, como pueblo, no ha querido aceptar el proyecto de Jesús, mientras que los paganos, que en principio no habían sido llamados a ser pueblo de Dios, ahora de hecho sí han creído¹¹.

Tras la exposición de Pablo hay dos ideas fundamentales. En primer lugar, que la elección de Dios a favor de un pueblo jamás es un privilegio, un mérito, sino un servicio, y quiere revelar a todos los pueblos de la tierra que su amor es gratuito. Por ello, Dios eligió, como hemos visto, un pueblo pequeño y oprimido para que quedara claro cómo es Él y cómo quiere salvar a todo el

¹¹ Cf. Alegre, *Universalisme*, 10ss.

mundo. Por ello, cuando Israel (y lo mismo sirve ahora para la Iglesia) piensa que es mérito propio y privilegio su elección, lo que lleva a que se crea superior a los pueblos paganos, Dios ya no puede revelar a través de este pueblo cómo es Él y cómo salva. Por ello, y dado que Él puede escribir recto con renglones torcidos, aprovecha el tropiezo de Israel para que los paganos, que no tenían derecho, al principio, a ser pueblo de Dios, pasen ahora a formar parte del pueblo de Dios, revelando así que su amor siempre es gratuito. Este aspecto ya estaba prefigurado por la elección de Isaac y de Jacob, que no eran los hijos mayores y, por tanto, no eran los herederos obvios de la promesa hecha por Dios a sus padres.

Pero, en segundo lugar, dado que lo que quiere revelar la historia de la salvación es el amor gratuito y universal de Dios hacia toda la humanidad, la espiritualidad bíblica revela también en Rom 11 hasta qué punto Dios ha entrelazado el destino del pueblo judío y el de los otros pueblos. Aquello que hace cada uno de los dos grupos, redundando, de hecho, en beneficio del otro, de modo que la religión una siempre y nunca separe.

Por esta experiencia concreta de gratuidad y de universalidad es como la Biblia pone de manifiesto una gran sensibilidad ante la realidad concreta que está viviendo el pueblo de Dios, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. Y es precisamente en el seno de esta realidad concreta, llena de injusticia y de sufrimiento innecesario, donde el pueblo experimenta la presencia de Dios y aprende a vivir su

espiritualidad, una espiritualidad que ha quedado condensada en la Biblia.

4. La justicia es inherente a la espiritualidad bíblica

Este es un tercer elemento, muy característico de la espiritualidad bíblica, que le da un tono especial a la revelación de Dios, que allí encontramos.

El Dios bíblico es, por esencia, como hemos visto al inicio de este capítulo, un Dios que ve y escucha la llamada del oprimido (Ex 3,7-10). Y actúa en este mundo a través de sus servidores para liberarlos (Ex 14-15)¹². La opresión de las personas y de los pueblos es una cosa que a Dios le resulta intolerable (Ex 34,5b-8), ya que es un Dios bueno y misericordioso, que ama a todo el mundo y quiere el bien de todas las personas (cf. lo que hemos visto antes a propósito de Is 19,18-25 y de Jonás).

Pero es también un Dios respetuoso con la libertad, y esto ha conducido a que la injusticia se haya apoderado de este mundo, de modo que unos pocos pueblos (y personas) poderosos opriman a los demás, no dejándoles gozar de una auténtica paz con justicia. Por esto Dios, que no quiere la injusticia, elige a un pueblo a fin de poderlo convertir en un pueblo liberador y creador de justicia en la tierra. Y hace una Alianza con Israel, que selle la relación entre Dios y su pueblo (Ex 19,3-8).

¹² Cf. Ex 14,30-15,2.13.17-18.

Dado que no es una tarea sencilla en medio de un mundo injusto, Dios educa a su pueblo en la solidaridad haciéndole caminar durante 40 años por el desierto y dándole unas leyes, que protejan sobre todo la vida del pobre, de la viuda, del huérfano, del emigrante (Dt 24,17-22), de modo que la vida del pueblo, su estilo de vida, no esté marcada por el egoísmo, sino por el altruismo y la solidaridad.

Es desde esta experiencia del Dios fiel, bueno y misericordioso (Sal 86,15-16), protector y liberador del pobre y del oprimido, como Israel descubre también la bondad y la misericordia de Dios ya en la misma creación: la creación es buena (cf. Gn 1) y hace que el ser humano, hombre y mujer, sea su imagen en la tierra (cf. Gn 1,26-30.31).

Por desgracia, como hemos visto, el pueblo de Israel (¡y la Iglesia!), tan pronto como tiene la oportunidad de tener poder o riqueza, se olvida de la misión que Dios le ha confiado a favor de la humanidad. Y no solo deja de favorecer las estructuras justas en Israel y de luchar por la justicia, sino que él mismo es injusto y oprime al pobre, al marginado, al inmigrante. La reacción de Dios ante este hecho es clara y dura a la vez. Deja que “en el pecado lleven la penitencia” e Israel saboree continuamente las consecuencias negativas de su conducta.

Pero como ama al pueblo (lo que quiere ser la señal de que ama a toda la humanidad), Dios jamás lo abandona en el círculo vicioso de su pecado, sino que le envía continuamente profetas que, desde el recuerdo del amor

gratuito (Isaías, Oseas, etc.), sean la conciencia del pueblo y le ayuden a ver dónde se encuentra su pecado, animándole, a la vez, a la conversión, anticipando su venida definitiva en el Hijo amado (Mc 1,11).

En la espiritualidad bíblica, pecado es cualquier cosa que haga daño al ser humano, cualquier cosa que no le deje vivir humana y dignamente. Y jamás el culto puede ser un sucedáneo que le ahorre la opción por los pobres y por la justicia (cf. Jr 7; Mc 11,15-18 par). Vale la pena escuchar algunas de estas palabras:

“Grita muy fuerte, sin miedo, alza la voz como una trompeta; reprende a mi pueblo por sus culpas, al pueblo de Jacob por sus pecados. Diariamente me buscan y están felices de conocer mis caminos, como si fueran un pueblo que hace el bien y que no descuida mis leyes; me piden leyes justas y se muestran felices de acercarse a mí. Sin embargo dicen: ‘¿Para qué ayunar, si Dios no lo ve? ¿Para qué sacrificarnos, si él no se da cuenta?’ El día de ayuno lo dedicáis a hacer negocios y a explotar a vuestros trabajadores; el día de ayuno lo pasáis en disputas y peleas y dando golpes criminales con los puños. Un día de ayuno así, no puede lograr que yo escuche vuestras oraciones.

¿Creéis que el ayuno que me agrada consiste en afligirse, en agachar la cabeza como un junco y en acostarse entre ásperas ropas, sobre ceniza? ¿Eso es lo que vosotros llamáis ‘ayuno’ y ‘día agradable

al Señor'? Pues no lo es. El ayuno que a mí me agrada consiste en esto: en que rompas las cadenas de la injusticia y desates los nudos que aprietan el yugo; en que dejes libres a los oprimidos y acabes con toda tiranía; en que compartas tu pan con el hambriento y recibas en tu casa al pobre sin techo; en que vistas al que no tiene ropa y no dejes de socorrer a tus semejantes. Entonces brillará tu luz como el amanecer y tus heridas sanarán muy pronto. Tu rectitud irá delante de ti y mi gloria te seguirá" (Is 58,1-8; cf. 58,9-12; también Is 1,10-31; Am 6, etc.).

Nuevo Testamento

Por otro lado, si una cosa revela claramente el Nuevo Testamento es que toda la vida de Jesús era una revelación del Dios bueno y misericordioso, a quien él, como hemos visto, llamaba *Abbá*, y que enseñó a sus discípulos a llamarle «Padre» (cf. Lc 11,2; Mt 6,9). Es un Dios Madre, Padre de todos, que no excluye jamás a nadie de su amor. A la vez, es un Dios que en Jesús opta por los pobres y los libera (cf. Mc 2,15-17; Lc 15,1-2), denunciando la injusticia de los poderosos que los oprimen (cf. Mc 10,25; Lc 6,24-26).

Jesús anuncia la bondad y la misericordia de Dios, que no se cansa de enviar a sus profetas, e incluso a su Hijo, para ayudar al pueblo a liberarse de la codicia y de

la injusticia, para que asuman la tarea que Dios les ha confiado como pueblo suyo (Mc 12,1-12 par.).

Pero quizás el rasgo más específico de la espiritualidad bíblica neotestamentaria es que toda la vida de Jesús es, en el fondo, una defensa del pobre, una lucha por la justicia, denunciando a todos aquellos poderes de este mundo que no dejen que el pobre pueda vivir dignamente. Según Marcos, la primera vez que los enemigos de Jesús deciden matarlo, es porque ha situado el bien del ser humano como expresión máxima de lo que Dios quiere de su pueblo, incluso pasando por encima de la ley sagrada del sábado (cf. Mc 3,1-6).

No es casual, pues, que Lucas presente, programáticamente, a Jesús en la sinagoga de Nazaret, recogiendo la antorcha de la predicación de los profetas (aquí, concretamente Is 61,1-2), un programa que Jesús vivió radicalmente y que lo llevó a la cruz. Éstas son las palabras con las cuales, según Lucas, Jesús se presenta como profeta:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y a dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor” (Lc 4,18-19).

En la predicación de Jesús, los pobres y los que pasan hambre son bienaventurados (Lc 6,20-23), mientras que los ricos se ven amenazados (Lc 6,24-26), porque opri-

men al pobre y no son instrumentos de justicia. De hecho, según Jesús, no se puede servir a la vez a Dios y al dinero (Lc 16,13; cf. 16,9-12.10-31; 19,1-10). Y los ricos solo se pueden salvar si comparten (cf. Lc 19,1-10; cf. 16,19-31).

Jesús anuncia que con él, el Reino de Dios ya ha irrumpido en este mundo, lo que comportará la justicia, un cambio de funcionamiento de este mundo (cf. Lc 4,16-20; Mt 11,2-6), como ya María lo había anunciado en el Magnificat (Lc 1,49.53): la espiritualidad bíblica nos llama a compartir (cf. Lc 3,10-14). Más aún, la dimensión de opción por los pobres —y, consecuentemente, de lucha por la justicia (cf. Mt 5,6.10)— es tan importante para Jesús que él mismo se identifica con los pobres y excluidos, proclamando que al final de nuestra vida Cristo discernirá lo que pueda haber de valor o de pecado en nuestra vida según nos hayamos comportado con los pobres (cf. Mt 25,31-46). La dimensión bíblico-profética de la predicación y de la actuación de Jesús explica que los poderes de este mundo injusto, que se sintieron amenazados por Jesús, lo mataron, clavándolo en una cruz.

Jesús, que es muy lúcido, prevé que acabarán matándolo (cf. Mc 8,31; 9,31; 10,32-34), pero por amor al Padre y al mundo sigue adelante su camino, que lo llevará a la cruz (cf. Lc 9,51-19,29). Y advierte a sus seguidores que, si viven consecuentemente la espiritualidad bíblica que conduce a la lucha por la justicia, pueden acabar como el Maestro en una cruz (cf. Mc 8,34ss).

De hecho, en la primera Iglesia, que Lucas presenta como modelo de seguimiento de Jesús, no hay pobres, porque todos comparten (Hch 2,42-47; 4,32-35).

5. Conclusión

En el fondo, en el corazón de la espiritualidad bíblica, se encuentra aquello que se ha llamado la regla de oro: “Así pues, haced con los demás lo mismo que queréis que los demás hagan con vosotros” (Mt 7,12; cf. Rom 13,8-10). Ya que en la espiritualidad bíblica no se puede separar el amor de Dios del amor al prójimo, como muy bien explicó Jesús al escriba que le pedía cuál era el primero de los mandamientos de la Ley de Dios (cf. Mc 12,38-44).

Pero después de lo que hemos visto a lo largo de mi explicación, creo que ahora podemos entender mucho mejor la afirmación de Juan en su primera carta, que destaca la prioridad y la gratuidad del amor de Dios:

“Queridos hermanos, amémonos unos a otros, porque el amor procede de Dios. Todo aquel que ama es hijo de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Dios ha mostrado su amor hacia nosotros al enviar a su Hijo único al mundo para que tengamos vida por él. El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo, para que, ofre-

ciéndose en sacrificio, nuestros pecados quedaran perdonados. Queridos hermanos, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nunca lo ha visto nadie; pero si nos amamos unos a otros, Dios vive en nosotros y su amor se hace realidad en nosotros” (1Jn 4,7-12).

Y el presbítero Juan aún dice algo más:

“Nosotros amamos porque él nos amó primero. El que dice: ‘Yo amo a Dios’, pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues quien no ama a su hermano, al que ve, tampoco puede amar a Dios, al que no ve. Jesucristo nos ha dado este mandamiento: que el que ama a Dios ame también a su hermano” (1Jn 4,19.-21; cf. Jn 13,34-35).

Y dice también:

“Hermanos míos, no os extrañéis si los que son del mundo os odian. Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida, y lo sabemos porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama, aún está muerto. Todo el que odia a su hermano es un asesino, y vosotros sabéis que ningún asesino puede tener vida eterna en sí mismo. Conocemos qué es el amor porque Jesucristo dio su vida por nosotros; así también, nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si uno es rico y ve que su hermano necesita ayuda, pero no se la da, ¿cómo puede tener amor de Dios en su corazón? Hijitos míos, que nuestro amor no sea solamente de palabra, sino que se demuestre con hechos” (1Jn 3,13-18).

La prioridad y la gratuidad del amor de Dios, que siempre es universal y que, como hemos visto, cuando se elige un pueblo o una persona, lo hace para que sea el instrumento del amor universal de Dios hacia toda la humanidad, da una tarea que no es nada sencilla de cumplir en un mundo tan injusto como el nuestro. Pero la persona cristiana no pierde jamás la esperanza, porque cree que para Dios todo es posible (cf. Mc 10,27) y que nada podrá impedir que Dios acabe reinando en este mundo (cf. Mc 1,15; Lc 11,20). Por esta razón, a pesar de que este mundo sigue siendo profundamente injusto dos mil años después de la venida de Jesús, la persona cristiana sigue empapada de esperanza (cf. Mc 4,26-32). Y se siente llamada a la conversión, al acecho del Reino, como bien formula Mons. P. Casaldàliga en una de sus poesías:

“Al acecho del Reino diferente,
voy amando las cosas y la gente,
ciudadano de todo y extranjero”.